

El infierno, es los Otros

Marcelo Percia*

¡Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!

DANTE

1944

A *PUERTA CERRADA (Huis dos)* es una pieza de un acto que Jean-Paul Sartre presenta poco después de publicar *El ser y la nada*. Es una obra escrita en tiempos de guerra. Los nazis invaden Francia en 1940. Cuando se estrena, en mayo de 1944, París todavía está ocupada. A pocas horas del teatro, en una casa de Amsterdam, la familia de Anna Frank lleva dos años escondida. Tres meses más tarde serán detenidos, confinados a un campo de exterminio, asesinados.

En este texto, quiero pensar la expresión *el infierno, es los Otros*, que se escucha casi al final de la obra. Un enunciado amenazante, descorazonador, enigmático. Sin contar el uso inquietante de las mayúsculas en plural que, por lo menos, avisa de un problema, de un hueco sin representación, de un fantasma. Por otra parte, la figura de infierno necesita de la idea de paraíso. Tal vez sea su conclusión amarga. La caída de la creencia de que *algo* es o podría ser la fórmula de felicidad plena.'

* Profesor de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.

'En la edición francesa se lee "*l'enfer, c'est les Autres*". En la traducción de Aurora Bernárdez se dice "el infierno son los Demás". La expresión "los Demás" con función pronominal refiere a otras personas a la vez que conserva la cualidad de "lo otro" y "lo restante". Por mi parte, opto por "el infierno es los Otros". La correspondencia entre verbo y sujeto atemperada por una coma y la descarga intempestiva de un objeto directo plural. En una lectura en clave psicoanalítica anotaría "el infierno es el Otro" para recordar que lo mayúsculo es promesa de satisfacción singular, completa. O para contrarrestar la tentación fenomenológica de suponer

Pequeño relámpago negro, cortina que cae y se levanta

Garcin es el primero en llegar a un salón conducido por *El camarero del piso*. Mientras observa a su alrededor, trata de habituarse a los muebles (tres sillones, una estatua de bronce sobre una chimenea, un cortapapeles, una mesa). Explica que, según se cuenta *allá*, esperaba otra cosa. *El camarero* se ríe de las habladerías. Chismes de gente que nunca estuvo en ese sitio. Garcin examina la situación. No quiere sorpresas. Imagina lo peor. ¿No hay espejos? ¿Y para qué mirarse en los espejos? ¿No hay ventanas? Claro, no hay afuera. Nada, más allá de esas paredes. ¿No se puede apagar la luz? ¿No hay interruptor? ¿Las lámparas están siempre encendidas? Estará obligado a vivir con los ojos abiertos. *El camarero* repite irónico ¿vivir? Hay un timbre que suena cuando quiere. En ese lugar, no tiene a quien llamar ni qué esperar. La puerta permanece cerrada. No hay a dónde ir. En **un** arrebato quiere saber por qué le quitaron su cepillo de dientes, de inmediato se pregunta ¿para qué habría de cepillarse los dientes? No encuentra camas, es lógico, se dice, *porque aquí jamás se duerme*. El tormento, entonces, ¿será la vida sin cortes?

El olvido, el sueño, el amor, el trabajo, el silencio, suspenden, por momentos, el universo. A veces, la continuidad se rompe para que no estalle el alma.

Garcin advierte una indiscreción grosera en la mirada de *El camarero*: tiene sus párpados atrofiados. Deduce:

Nosotros parpadeábamos. Eso se llamaba parpadeo. Un pequeño relámpago negro, una cortina que cae y se levanta: el corte ya está. El ojo se humedece, el mundo se aniquila. No puede usted saber qué refrescante era. Cuatro mil reposos en una hora. Cuatro mil pequeñas evasiones. Y cuando digo cuatro mil [...] ¿Entonces voy a vivir sin párpados? No se haga el imbécil. Sin párpados, sin sueño, es todo uno. No dormiré más [...] ¿Pero cómo podré soportarme?"

que "el infierno son los otros". En el pensamiento de Sartre, la escritura del *Otro* tiene diferentes empleos. Me cautiva el que hace conexión con el problema de *la mirada*. Que el niño tiene a sus padres por dioses significa que se sabe reflejado en esos ojos absolutos. Una mirada que justifica su existencia. Una mirada que es ley, razón, sentido, finalidad, de su mundo. La mirada del Otro como verdad de sí que se le escapa.

El camarero sale, Garcin no sabe qué hacer: se sienta, se levanta, va hasta la chimenea, acaricia la estatua, oprime el timbre, no suena, trata de abrir la puerta, llama golpeando con sus puños, se calma, vuelve a sentarse.

La cortesía, nuestra defensa

En ese momento, entra Inés seguida por *El camarero*. Una vez solos, Inés se dirige a Garcin con brusquedad, confundiéndolo con su verdugo. Le pregunta por Florence: "¿Esto es todo lo que usted encontró? ¿La tortura por la ausencia? Bueno, es un fracaso. Florence era una tontita y no la echo de menos".

Garcin aclara que están alojados en el mismo establecimiento. Se presenta: "Yo soy Joseph Garcin, publicista y hombre de letras". La pone al tanto de la situación. Hace una propuesta:

Comprendo muy bien que mi presencia la importune. Y personalmente preferiría quedarme solo, tengo que poner mi vida en orden y necesito concentrarme. Pero estoy seguro de que podremos adaptarnos el uno al otro: no hablo, no me muevo y hago poco ruido. Sólo que, si puede permitirme un consejo, tendremos que mantener entre nosotros una extremada cortesía. Será nuestra mejor defensa.

¿Adaptarse el uno al otro? Una indiferencia concertada. Garcin entiende que el peligro está en la proximidad. Imagina la *cortesía* como resguardo. Como separación, frontera, muralla. Propone actuar como si estuvieran solos. Quiere poner su vida en orden. Mover las piezas de su conciencia. Acomodar hechos. Correr centímetros una imagen, suprimir un segundo, atrasar una coincidencia. Supone que el riesgo reside en estar cerca de Inés. No se da cuenta de que está cercado. Impedido de alejarse de sí mismo, lindante con su propia extrañeza, tumbado sobre obsesiones que no lo abandonan. Al borde de su *indecisión*. Víctima de sus imágenes desapercibidas. Adyacente en su larva despierta.

Inés acepta. Se pasea por el cuarto, pero la exaspera un tic en la cara de Garcin. Le exige que pare esa boca que gira como un trompo debajo de su nariz. Garcin se disculpa. Pero de nuevo sale un movimiento involuntario en su rostro. Inés se lo reprocha: "¡Otra vez! Presume de cortés

y abandona su cara. No está usted solo y no tiene el derecho de inflijirme el espectáculo de su miedo". Inés dice que el miedo era oportuno *antes* cuando todavía tenían esperanzas.

Cuando entra Estelle se produce otro malentendido. Garcin cubre su rostro con las manos. Estelle lo confunde. Garcin se muestra, Estelle exclama con sorpresa que no lo conoce. *El camarero* avisa que no vendrá nadie más.

Estelle observa los sillones mal ubicados, feos. Para peor el *canapé* que le tocó es verde espinaca y ella está de azul. Inés le ofrece el suyo, pero Estelle prefiere el de Garcin.

Ausentes

Inés declara que Estelle es hermosa. Le gustaría darle la bienvenida con flores. Estelle dice que hace mucho calor y que se marchitarían. Tratan de conservar el humor a pesar de lo que les pasó. Lo de Inés ocurrió hace una semana con gas. Lo de Estelle fue ayer, una neumonía. La ceremonia todavía no concluye. Garcin se dice muerto de doce balas en el pecho. Estelle sugiere no usar palabras tan crueles, explica "si no hay más remedio que nombrar este... estado de cosas, propongo que nos llamemos ausentes. ¿Hace mucho que está usted ausente?". Garcin responde que más o menos un mes.

Estelle pregunta: "¿Pero por qué, por qué nos han reunido?" Esperaba encontrar amigos, familiares, conocidos. Garcin piensa que están juntos por azar, que acomodan a la gente por orden de llegada. Inés opina que nada ocurre por casualidad, que tienen previsto cada detalle (los muebles, el color de los sillones, la estatua de bronce, la temperatura). Dispusieron las cosas para esperarlos.

Garcin razona que es preciso saber por qué están juntos. Inés propone que cada uno tenga el valor de contar qué hizo para estar allí. Estelle dice que en su caso se trata de un error. No tiene nada que ocultar. Era una pobre huérfana que crió a su hermano menor. Un hombre que había sido amigo de su padre pidió su mano. Era un viejo rico y bueno. Vivieron en armonía hasta que conoció a un joven del que se enamoró. El muchacho quería que se fuera con él, ella se negó. Después tuvo la

neumonía. Dice que, quizá, su falta fue sacrificar su juventud para estar con un anciano. Garcin relata que dirigía un periódico pacifista, que cuando estalló la guerra se cruzó de brazos y lo fusilaron. Acaso, se cuestiona, ¿es una falta vivir según los propios principios? Inés exclama, irónica, que la han puesto con una santa y un héroe. Pregunta "¿para quién representan ustedes la comedia? Estamos entre nosotros". Condenados a estar sin distancia. Inés deduce que no hay tortura física, que no vendrá nadie más, que estarán solos. Concluye: "El verdugo es cada uno para los otros dos".

Garcin razona que deben defenderse. No será el verdugo de nadie. No tiene nada en contra de sus compañeras. La salvación es aislarse: cada uno en un rincón, en silencio, se mirará a sí mismo, ignorará a los otros. Están de acuerdo, se despiden.²

Por lo menos un espejo

Garcin se dirige a su sillón, apoya la cabeza entre sus manos. Inés se pone a cantar para sí. Estelle comienza a maquillarse, para empolvarse busca un espejo. Dice dirigiéndose a Garcin: "Señor ¿tiene usted un espejo? (Garcin no responde). Un espejo, un espejito de bolsillo, cualquier cosa (Garcin no responde). Ya que me deja sola, por lo menos consígame un espejo".

Estelle reclama *algo* que la refleje. El reconocimiento no es, para ella, un agregado, anexo o complemento de su conciencia solitaria, sino una condición de existencia. Una condición, se verá enseguida, siempre inalcanzada.

Explica que sin espejo se siente rara, perdida, sin sostén. Aunque puede palpase, no sabe si existe de verdad. Necesita verse como la ven. Inés se ofrece como su espejo. Estelle se mira en los ojos de Inés. No alcanza a verse completa. Inés le dice: "Yo te veo. Toda entera. Hazme preguntas. No habrá espejo más fiel". Estelle no deja de mirar a Garcin. Inés le dice que lo olvide, que están solas, que le pregunte a ella todo lo que quiera saber. Le indica cómo pintarse los labios. Inés dice que está hermosa. Estelle se pregunta si tiene buen gusto, si tiene su gusto. Inés le responde que sí.

² Anticipo lo que se podría llamar *la paradoja de Garcin*. Cuanto más se protege de Inés y de Estelle, más se expone al capricho de *algo* que lo habita: el imperativo de una *mirada* que no se satisface.

Estelle duda: "No sé. Usted me intimida. Mi imagen en los espejos estaba domesticada. La conocía tan bien... Voy a sonreír: mi sonrisa irá hasta el fondo de sus pupilas y sabe Dios en qué se convertirá". Inés sugiere que trate de domesticarla. De pronto, bromea que ve una mancha roja en su mejilla. Estelle se asusta. Inés dice que está en sus manos. Le pregunta qué pasaría si el espejo se pusiera a mentir o si cerrara los ojos y se negara a mirarla ¿qué sería de toda esa belleza? La calma, promete que será amable, que no dejará de mirarla nunca. Pero Estelle, señalando a Garcin, confiesa que quisiera que él también la mirara.

Inés, enfurecida, reprocha a Garcin manejos para interesar a Estelle. Garcin insiste que deben olvidar la existencia de los demás. Inés responde:

¡Ah, olvidar! ¡Que chiquillada! Lo siento a usted hasta en los huesos. Su silencio me grita en las orejas. Puede coserse la boca, puede cortarse la lengua, ¿eso le impediría existir? ¿Detendrá su pensamiento? Lo oigo hacer tic tac como un despertador y sé que usted oye el mío. Es inútil que se arrincone en su canapé, está usted en todas partes; los sonidos me llegan manchados porque usted los ha oído al pasar. Hasta el rostro me ha robado: usted lo conoce y yo no lo conozco. ¿Y ella, y ella? Usted me la ha robado; si estuviéramos solas ¿cree que se atrevería a tratarme como me trata? No, no: quítese las manos de la cara, no lo dejaré, sería demasiado cómodo. Se quedaría ahí insensible, metido en sí mismo como un Buda; aunque yo tuviera los ojos cerrados sentiría que ella le dedica todos los ruidos de su vida, hasta los crujidos de su traje, y que le envía sonrisas que usted no ve [...] ¡Nada de eso! Quiero elegir mi infierno; quiero mirarlo con todos mis ojos y luchar a cara descubierta.

Como gusanos

Garcin entiende que no hay alternativa: tienen que llegar hasta el fin. Sólo si confiesan por qué los han condenado, sabrán quiénes son. Deben mostrar sus monstruos. Desnudarse como gusanos. Comienza Garcin. Está allí por torturar a su mujer. Ella lo admiraba. A pesar de que la hacía sufrir, nunca se lo reprochó. Volvía borracho, oliendo a vino y a mujer. Llevó a su casa a una hermosa mulata. Ella los oía todas las noches.

A Inés le gustaban las mujeres. Vivía con un matrimonio, él era su primo. Un pobre tipo. Hacía ruido al beber. Consiguió que Florence lo viera por sus ojos. Luego la muchacha cayó en sus brazos. Alquilaron una habitación en el otro extremo de la ciudad. A él lo aplastó un tranvía. "Yo le decía todos los días, nenita, lo hemos matado". Inés admite que fue mala. Necesitaba del sufrimiento de los demás para existir. "Florence se levantó una noche; fue a abrir la llave del gas sin que yo lo sospechara, y después volvió a acostarse junto a mí. Así fue".

Estelle insiste que no sabe por qué está allí. No tiene nada que contar. Inés y Garcin inician un interrogatorio. Le arrancan una historia. Cuando parece que la tienen, Estelle va más allá de lo que suponían. Su amante soñaba con un hijo. Ella no quería, pero el embarazo vino lo mismo. Se retiró cinco meses a Suiza. Dio a luz a una niña, él estaba a su lado cuando nació. "Había un balcón sobre un lago. Llevé una piedra grande. El gritaba: 'Estelle, te lo ruego, te lo suplico'. Yo lo detestaba. Lo vio todo. Se inclinó sobre el balcón y vio círculos en el lago". Después volvieron a París, él se pegó un tiro, su marido jamás sospechó nada.

La vida sin cortes. No pueden recurrir al aislamiento, escabullirse en una ausencia, no tienen la posibilidad de olvidar, ni pueden ignorarse. Están privados de la astucia de la distancia, el ocultamiento, el disfraz, el engaño.

Los hilos embrollados

Garcin razona que tienen que ayudarse. Dice: "Inés, ha embrollado todos los hilos. Si usted hace un gesto, si levanta una mano para abanicarse, Estelle y yo sentimos la sacudida. Ninguno de nosotros puede salvarse solo; tenemos que perder juntos o salir juntos del apuro. Elija".

Garcin trata de llegar a un acuerdo con Inés. Le pide ayuda para *desbaratar las artimañas* con las que pretenden atraparlos. Pero Inés está obsesionada con Estelle. Garcin le explica que esa chiquita será su perdición, que a través de ella la dominarán. Le dice que desear a Estelle es entregarse a su verdugo. "Es un lazo. La están espiando para saber si caerá en él". Inés responde que cada uno es una trampa para el otro. Una cuerda de cacería. Confía en que será ella quien atrape a Estelle. Garcin

insiste: "Usted no atrapará nada. Nos corremos como caballos de madera, sin alcanzarnos nunca: convéznase de que lo han arreglado todo. Suelte, Inés. Abra las manos, suelte la presa. Si no, hará la desgracia de los tres". Pero Inés sólo persigue reinar sobre el deseo de Estelle. La atracción que siente aumenta con el desprecio de la muchacha. "¿Tengo cara de soltar la presa? Sé lo que me espera. Voy a arder, ardo y sé que no habrá fin; lo sé todo: ¿cree que soltaré la presa? Caerá en mis manos, ella lo verá a usted por mis ojos, como Florence veía al otro".

Garcin toma a Inés por el hombro, intenta persuadirla. Explica que están vinculados: expuestos hasta los huesos. Le dice que no quiere hacerle daño, que siente por ella compasión. Inés que, por un momento, parece abandonarse a esas palabras, se sacude: "No me toque. Detesto que me toquen. Guárdese su compasión. ¡Vamos! Garcin, también hay muchos lazos tendidos para usted en este cuarto (...) Si nos deja bien tranquilas, a la pequeña y a mí, me cuidaré de no perjudicarlo".

Garcin acepta. Cuando Estelle se acerca a pedirle que no la abandone, contesta señalando en dirección de Inés: "Diríjase a ella".

Vivirás en mi mirada

Estelle no quiere quedarse sola. Comprende que está lejos, ausente en todos los espejos. "La tierra me ha abandonado. Garcin, mírame, tómate en tus brazos". Garcin la aparta, le repite que se dirija a Inés. Estelle lo agarra, le pregunta si es un hombre, le suplica que se fije en ella. Le dice que no tiene más remedio que mirar algo. Que ella es más agradable de ver que una estatua. "Escucha: caí de sus corazones como un pajarito cae del nido. Recógeme, llévame en tu corazón, ya verás que amable seré". Garcin la rechaza, le vuelve a indicar que se dirija a Inés. Estelle responde que ella no le interesa.

Mientras tanto, Inés se entrega una y otra vez a Estelle. Promete que será suya, que la abrigará, que la mirará sin descanso toda la eternidad, que se encontrará en sus ojos tal como se desee. Estelle le escupe en la cara.

¡Aunque fueras un cobarde te querría, vamos! ¿No te basta?

Garcin va hacia a Estelle. Ella quiere un hombre ¿cualquiera serviría? Estelle le dice que lo quiere a él. Garcin aclara que no tiene nada que ofrecer. Estelle dice que lo tomará tal como es. Garcin advierte que estará distraído, que tiene otros asuntos en la cabeza. A Estelle no le importa, esperará hasta que él se ocupe de ella. Garcin explica que no la amará, que la conoce demasiado. Estelle responde que le basta con que la desee.

Inés, furiosa, amenaza: "Hagan lo que quieran, son más fuertes. Pero recuerden, estoy aquí y los miro. No les quitaré los ojos de encima, Garcin; tendrá que besarla bajo mi mirada. ¡Cómo los odio a los dos! ¡Ámense, ámense! Estamos en el infierno y ya me llegará el turno!"

Garcin pregunta a Estelle, mientras la abraza, si tendrá confianza en él. Estelle responde que estará constantemente ante sus ojos, que sabe que no la engañará con Inés. Garcin se refiere a otra clase de confianza. Estelle no entiende. Garcin dice que lo fusilaron, que no hizo lo que tenía que hacer, que lo pescaron en la frontera. Garcin le pide que le diga algo. Estelle no sabe qué tiene que decir. Inés interrumpe: "Mi tesoro, tienes que decirle que huyó como un león. Porque tu querido huyó. Eso lo mortifica".

Garcin es anticipado por Inés. Ella parece saber a dónde se dirige. Lo sorprende. Lo encuentra desprevenido. Indeciso. Preso de un dictamen que busca, que no hallará, que no está en ninguna parte.

Garcin reconoce que era un pacifista, pero duda sobre cuáles eran sus verdaderas razones. Inés aprovecha: "Pero el miedo, el odio y todas las sociedades que uno oculta son también razones". Garcin no soporta pensar que fue un cobarde. Pide ayuda a Estelle: "¡Si hubiera un alma, una sola, que afirmara con todas sus fuerzas que no he huido, que no puedo haber huido, que tengo coraje, que soy decente, estoy... estoy seguro **de** que me salvaría! ¿Quieres creer en mí? Te querría más que a mí mismo".

Estelle le dice que es un hombre de verdad, con la piel dura, con las manos fuertes. Le asegura que no tiene mentón de cobarde, ni boca de cobarde, ni la voz de cobarde, ni el pelo de cobarde. Le jura que lo quiere por su valor. Garcin siente que si confía en esa mirada se salva. Irrumpe Inés: "¡Pero sí, sí! Confía en ella. Necesita un hombre, puedes creerlo, un brazo de hombre alrededor de su talle, un olor de hombre, un deseo de

hombre en ojos de hombre. En cuanto a lo demás... ¡Ah!Te diría que eres Dios padre si eso pudiera agradarte". Garcin le ruega a Estelle que diga si eso es cierto. Estelle responde, irritada, que no entiende nada de esa historia. "¡Aunque fueras un cobarde te querría, vamos! ¿No te basta?"

Garcin puede abrazar a Estelle o hacerla esperar hasta que decida tocarla, pero advierte que nunca sentirá el abrigo que persigue en esa mujer que no lo comprende. Desespera, quiere irse. Golpea la puerta. Estelle le suplica que no la abandone. Le grita que es un cobarde. Garcin golpea la puerta. Parece preferir cualquier tortura, antes que el reconocimiento que se le niega, *ese fantasma del sufrimiento que roza, que acaricia y nunca hace demasiado daño?*

La mirada que te ve, sólo ese pensamiento incoloro que te piensa

La puerta se abre de pronto. Garcin está a punto de caer. Inés lo insta a que se vaya. Estelle propone a Garcin empujar a Inés. Inés implora. Garcin ordena a Estelle que la suelte. Comprende que son inseparables.

Garcin padece la indecisión en que la muerte lo ha dejado. Terminada su vida, no puede saber si es un héroe o un cobarde. Una existencia dedicada a una imagen que, ahora, los espejos no reflejan. Pero ¿cómo escapar a esa sospecha sin veredicto? Prueba descifrarse a través de Inés. Subordinarla a su deseo o entregarse a su desprecio.

GARCIN (tomándola de los hombros): —Escucha, cada uno tiene su objetivo, ¿no es cierto? Yo me reía del dinero, del amor. Quería ser un hombre. Un valiente. Lo aposté todo al mismo caballo. ¿Es posible ser un cobarde cuando se han escogido los caminos más peligrosos? ¿Puede juzgarse una vida por un solo acto?

³ Se verá enseguida que, entre el infierno y la nada, Garcin optará por el infierno, circunstancia que trae a la memoria el interés de Sartre por Faulkner. Recuerdo un fragmento de *Las palmeras salvajes*: "No es que pueda vivir, es que quiero. Es que yo quiero. La vieja carne al fin, por vieja que sea. Porque si la memoria existiera fuera de la carne no sería memoria porque no sabría de qué se acuerda y así cuando ella dejó de ser, la mitad de la memoria dejó de ser y si yo dejara de ser todo el recuerdo dejaría de ser. Sí, pensó. Entre la pena y la nada, elijo la pena".

INÉS: —¿Por qué no? Soñaste treinta años que tenías coraje y te perdonabas mil pequeñas debilidades porque todo estaba permitido al héroe. ¡Qué cómodo era! Y después a la hora del peligro, te pusieron entre la espada y la pared y... tomaste el tren para México.

¿Qué retiene a Garcin? ¿Por qué no cruza la puerta? ¿Qué hay del otro lado? ¿El infierno siendo la muerte todavía no es la muerte? Garcin se asoma, pero opta por quedarse. Elige la condena de una mirada, que no obstante lo colma, antes que esa nada quieta. Ese silencio final, completo, sin fisuras. Busca cautivar la libertad que tiene Inés de ignorarlo. Razona que sólo encontrará descanso si logra conquistar esos ojos que no lo necesitan.⁴

Pero lo que dobliga a Garcin no está en los ojos de Inés. Corre tras algo que nadie puede ver. No hay modo de decidir si es héroe o cobarde. Persigue *una mirada* como solución de esa indecisión eterna.

Parece que Inés lo tiene atrapado: "Eres un cobarde Garcin, un cobarde porque yo lo quiero. ¡Lo quiero!, ¿oyes?, ¡lo quiero! Y sin embargo, mira qué débil soy, un soplo; sólo soy la mirada que te ve, sólo este pensamiento que te piensa". Inés tiene a Garcin, pero Garcin provoca a Inés cuando se inclina sobre Estelle para besarla. Estelle, entonces, cree que triunfa, le dice que será toda suya. Inés desvanece esa frágil felicidad, dirigiéndose a Garcin: "¿Qué vas a buscar en sus labios? ¿El olvido? Pero yo no te olvidaré. A mí es a quien hay que convencer. A mí. ¡Ven, ven! Te espero. ¿Ves, Estelle? Afloja el abrazo, es dócil como un perro. ¡No lo tendrás!"⁵

Garcin posee a Estelle, pero no gobierna sobre Inés; Inés tiene a Garcin, pero no reina sobre Estelle; Estelle puede con Inés, pero no consigue adueñarse de Garcin. El deseo, a veces, *posee, tiene, puede*; pero no *gobierna, reina, consigue adueñarse*, sobre lo que no sabe, no puede saber, nunca sabrá, acerca de sí mismo.

⁴ Escribe Sartre (1966): "Así, el amante no desea poseer al amado como se posee una cosa; reclama un tipo especial de apropiación: quiere poseer una libertad como libertad". El deseo se enamora de la libertad del otro. Esa libertad indiferente, esa libertad que rechaza, esa libertad autosuficiente. El deseo aspira a seducir una libertad. Fascinarla. Hacer que, en el límite, esa libertad opte por renunciar a sí misma.

⁵ Ser visto por Inés no sólo propaga en Garcin la inquietud de lo que ella efectivamente ve, sino el tormento de *eso* que Garcin persigue sin alcanzar a ver de su propio misterio. Escribe Sartre (1966): "Lo que capto inmediatamente cuando oigo crujir las ramas tras de mí, no es que hay alguien sino que soy vulnerable, que tengo un cuerpo capaz de ser herido, que ocupo un lugar y que no puedo en ningún caso evadirme del espacio en que estoy sin defensa, en suma 'soy visto'".

Garcin razona: "Así que esto es el infierno. Nunca lo hubiera creído... ¿Recordáis?: el azufre, la hoguera, la parrilla... ¡Ah! Qué broma. No hay necesidad de parrillas; el infierno, es los Otros".

Cada uno en su soledad. Urgido de una mirada que no alcanza. Sin el amparo de una distancia, o del aislamiento, o del sueño, o del olvido. La ilusión de amor cada vez desvanecida. Y ni la muerte.

Bibliografía

- Alighieri, Dante (1970), *La divina comedia*, Iberia, Barcelona.
- Anzieu, Didier (1978), *El grupo y el inconsciente*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Blake, William (1986), "Las bodas del cielo y el infierno", en *Poesías completas*, Hyspamérica, Buenos Aires.
- Blanchot, Maurice (1996), "Reflexiones sobre el infierno", en *El diálogo inconcluso*, Monte Avila Editores, Caracas.
- Borges, Jorge Luis y Bioy Casares (comps.) (1999), *El libro del cielo y el infierno*, Emecé, Buenos Aires.
- Carlyle, Tomás (1970), Dante (tomado del *Tratado de los Héroes*) en "Prólogo" a *La divina comedia*, Editorial Iberia, Barcelona.
- Grüner, Eduardo (2001), *El sitio de la mirada*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- Lacan, Jacques (1981), *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud*, Paidós, Barcelona.
- (1988), *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 7. La ética en psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires.
- (1986), *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires.
- Sartre, Jean-Paul (2002), *Huis clos*, Gallimard, Collection Folio, París.
- (1948), "A puerta cerrada" (traducción Aurora Bernárdez), en *Teatro*, Editorial Losada, Buenos Aires.
- (1949), *Baudelaire* (trad. Aurora Bernárdez), Losada, Buenos Aires.
- (1966), *El ser y la nada* (trad. Juan Valmar), Losada, Buenos Aires.
- (1967) *San Genet. Comediante y mártir* (trad. Luis Echávarri), Losada, Buenos Aires.
- (1975), *El idiota de la familia. Gustave Flaubert desde 1821 a 1827* (trad. Patricio Canto), tomos 1 y 2, Tiempo Contemporáneo. Buenos Aires.